

La “prioridad absoluta del lenguaje”. Sobre la primera tesis de Eugenio Cosériu en el Coloquio de Estrasburgo

The “absolute priority of language”.
On the first thesis of Eugenio Cosériu
in the Strasbourg Colloquium

Fernando Gabriel Rodríguez

Universidad Argentina de la Empresa (UADE)
Universidad Abierta Interamericana (UAI)
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)
Argentina

ONOMÁZEIN 61 (septiembre de 2023): 71-93

DOI: 10.7764/onomazein.61.04

ISSN: 0718-5758



Fernando Gabriel Rodríguez: Facultad de Ciencias de la Comunicación, Universidad Argentina de la Empresa (UADE) / Facultad de Psicología y Relaciones Humanas, Universidad Abierta Interamericana (UAI) / Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Argentina. | E-mail: fgxyz@gmail.com

Fecha de recepción: abril de 2020

Fecha de aceptación: mayo de 2020

Resumen

En su decálogo para el Coloquio de Estrasburgo en 1999, Eugenio Coseriu resume su concepción sobre el lenguaje y el significado, destacando que el lenguaje es el agente de la condición humana como tal y de la inteligencia en cuanto conceptual. Este carácter fundador estribaría en cómo el lenguaje opera sobre el individuo en los planos social y cognitivo y en su no-reductibilidad a otras capacidades onto- y filogenéticas. El objetivo de este artículo es reexaminar esta tesis central desde las más actuales investigaciones en psicolingüística y psicología del desarrollo, disciplinas que permiten abordar con diferentes herramientas el nexo entre el pensamiento y el lenguaje. Se han revisado materiales del archivo Coseriu, en la Universidad de Tübingen, con el objeto de contextualizar sus materiales publicados. La conclusión es que el planteo del gran lingüista, de indudable consistencia interna, debe confrontarse con estudios empíricos que obligan a revisar ciertas afirmaciones sobre aspectos filosóficos y psicológicos del lenguaje.

Palabras clave: lenguaje; pensamiento; intersubjetividad; formación de conceptos.

Abstract

In his decalogue for the Strasbourg Colloquium in 1999, Eugene Coseriu summarized his conception of language and meaning by emphasizing that language would be an agent of the human condition as such and of thought as concept determined. This founding character would lie in how language operates on the individual at the social and cognitive levels and in its non-reducibility to other onto- and phylogenetic capacities. It is important here to reconsider this central thesis from the point of view of research in psycholinguistics and developmental psychology, disciplines that allow us to approach the nexus between thought and language with different tools. This article aims to re-examine Coseriu's central thesis from the perspective of the most current research in psycholinguistics and developmental psychology, disciplines that allow us to approach the nexus between thought and language with different tools. Materials from the Coseriu archive at the University of Tübingen have been reviewed in order to contextualize his published texts. The conclusion is that the approach of the great linguist, of undoubted internal consistency, must be confronted with empirical studies that force a review of certain statements on the philosophical and psychological aspects of language.

Keywords: language; thought; intersubjectivity; concepts formation.

1. Introducción

Entre el 7 y el 10 de octubre de 1999 tuvo lugar en Estrasburgo el coloquio internacional Perception du Monde et Perception du Langage, al que Eugenio Coseriu remitió un texto de título “Dix thèses à propos de l’essence du langage et du signifié”, nombre con vocación de manifiesto de su credo lingüístico. El breve compendio sintetiza una postura defendida durante toda su vida intelectual, forjada en sus años montevidianos, en la década de los 50, y abonada durante sus muchos años de enseñanza e investigación desde la cátedra de Romanística de Tübingen. Este trabajo quiere discutir la tesis 1, la más importante y más abarcadora del conjunto, que sostiene:

(Tesis) 1. Prioridad absoluta del lenguaje.

El error fundamental de la mayoría de las teorías (o filosofías) del lenguaje consiste en querer reducir el lenguaje a otra facultad o actividad entre las facultades (o actividades libres) del hombre: al entendimiento (pensamiento racional), al espíritu práctico o al arte. El lenguaje no puede ser reducido “a otra cosa”. [...] [M]ediante el lenguaje, [el hombre] se construye un mundo apropiado a su ser espiritual: un mundo *pensable* (el mundo de la experiencia sensible, aunque es representable, no es pensable). De ahí que el lenguaje sea el “acceso” a todas las posibilidades culturales del hombre (incluidos el pensamiento discursivo, la ciencia, la filosofía, la poesía). En este sentido, Hegel constataba que el lenguaje era “voreilig” [anticipatorio], ya que contiene de antemano todas las formas de desarrollo del espíritu. Todos los demás rasgos característicos del lenguaje se derivan de este hecho fundamental (Coseriu, 1999 —citamos por Kabatek, 2011, siguiendo su traducción).

De este pasaje quiero someter a discusión tres puntos centrales, convergentes pero distinguibles:

- la prioridad absoluta del lenguaje
- la irreductibilidad del lenguaje
- la cualidad de impensable (sin conceptos) atribuida a la experiencia sensible

Para evaluarlos se hace necesario traer a colación un complemento de la tesis 3. *Los universales del lenguaje*, donde se lee que “estos signos [del lenguaje] son siempre creados ‘para el otro’, o, mejor dicho, como si fueran ya de antemano del otro, y de ahí su *alteridad*. En este sentido, el lenguaje es la manifestación primaria de la alteridad, de ese ‘ser con el otro’ característico del hombre” (*ibidem*).

Para el lector no familiarizado con el pensamiento coseriano se impone brindar, en forma compendiada, una recapitulación de estas nociones mencionadas en las citas. La idea de que el lenguaje es formador del mundo está presente en toda la obra de Coseriu (1981a, 1991, 1992, 1998) como un principio rector y coherentizador de su trabajo (una idea direc-

triz que se remonta a su época montevideana a comienzos de los 50 —Kabatek y Murguía, 1997). El lenguaje, a través de las lenguas particulares, proporcionaría al sujeto la primera ordenación nominativo-conceptual de su medio inmediato. La experiencia vital no estaría antes del léxico sino regida por la sensopercepción de estímulos y su almacenamiento. Este tipo particular de representación mental, el primer instrumento con que el individuo podría coordinar su conducta con el entorno, sería simplemente una acumulación de vivencias concretas (captación y recuperación de un *esto* percibido en situación espacio-temporal precisa) y a renglón seguido, máximo de la elaboración posible antes del desembarco del lenguaje, de generalizaciones perceptivas, generadas a partir de las representaciones acopiadas de objetos de un mismo tipo según parecido morfológico. Las categorías de tenor conceptual implicarían, al contrario, alguna forma de abstracción a partir de los entes inmediatos. Serían imposibles hasta que el niño no hubiera recibido, del lenguaje, las formas lingüísticas que obligarían a administrar el almacenamiento de vivencias previas en los moldes de significado provistos por el vocabulario. En consecuencia, hasta que las palabras no se hayan organizado en un sistema que, de una manera saussureano-opositiva, provean espacios prefigurados para acomodar el mundo en clases (las cuales no están condicionadas por ninguna forma de motivación o de inducción desde las cosas como tales, según el principio de arbitrariedad de los signos lingüísticos), no habría en el sistema cognitivo otras alterativas que las del procesamiento ligado a experiencias perceptivas (como consta en la tesis 1). Para Coseriu, como antes para Saussure, el mundo entendido como un todo organizado por conceptos, por categorías abstractas que asimilan el ser de las cosas (*ser un caso de ave, puerta, damajuana o libro*), se origina en el acto de imprima-ción de las vivencias por la lengua. El mundo anterior sería por tanto, de alguna manera, una constelación pre-humana *sensu stricto*, carente de aquella conceptualidad a partir de la cual lo espiritual-humano se eleva por sobre constricciones físicas y alcanza a un plano de incondicionalidad o libertad inédita en el reino natural.

2. El lenguaje y la naturaleza humana

Una postura semejante conlleva obligadamente implicaciones filosóficas y psicológicas. De las primeras fue Coseriu siempre muy consciente, como se refleja en su historización de la filosofía del lenguaje, compilada en dos gruesos volúmenes de póstuma publicación (Coseriu, 2015); sobre las segundas, al contrario, se mantuvo al margen. A ello hay que hacer dos salvedades de importancia: la confrontación con la gramática generativa (todavía dentro de los dominios del saber lingüístico, aunque con indudables conexiones *psi* —Coseriu, 1975 y otros textos) y la confrontación, igual de impugnatoria, con la así llamada semántica cognitiva. Coseriu consagró un *Winterseminar* en 1989-1990 a examinar las propuestas semánticas del cognitivismo (enfoques analíticos, que persiguen rasgos necesarios-suficientes para los significados; enfoques de prototipos y de estereotipos, atentos a los problemas de interpretación que jaquean los modelos previos), un curso inédito hasta el día de hoy, del

que, no obstante, en el artículo “Semántica estructural y semántica ‘cognitiva’” (1990) se ha recogido lo más relevante. La conclusión es terminante:

la única semántica propiamente ‘cognitiva’ (que procura establecer la estructura del conocer intuitivo primario tal como se manifiesta en las lenguas, o sea, el modo como las lenguas estructuran el ‘mundo’, y que, por ello, distingue también entre el léxico primario, estructurado, y el léxico secundario, no estructurado idiomáticamente [se refiere a las nomenclaturas especializadas de las ciencias, que remitirían directamente al mundo sin reparos de nivel lingüístico, o a las lenguas artificiales, que dependen de definiciones ad hoc]) es la semántica estructural. La semántica de los prototipos, repitámoslo, en cuanto ‘cognitiva’, no es semántica, ya que concierne a la estructura de las especies, es decir, de las ‘cosas’ designadas, no a los significados; y en cuanto ‘semántica’ (disciplina que opera con unidades lingüísticas de contenido), no es cognitiva, ya que se desentiende por completo del conocer lingüístico que representan los significados como tales y solo considera la aplicación de estos en la designación, confundiendo el conocimiento del significado, el saber lingüístico, con el saber acerca de las cosas (Coseriu, 1990: 282).

Fuera de estos *excursus*, no hay evidencia de que el gran rumano se hubiera mostrado especialmente interesado en la psicología, algo que debe consignarse como un gesto de respeto hacia una disciplina ajena. Pero a la vez, este respeto y casi indiferencia despierta alguna extrañeza en relación con un autor de gran voracidad intelectual y vastos horizontes en cuanto a las *Geisteswissenschaften*, sumado el factor de que determinados desarrollos de esta disciplina ajena conjuran directamente a una interlocución con sus puntos de vista. La discusión con la que aquí quiero comprometerme concierne a por qué el ya mencionado léxico primario, organizado como un sistema de oposiciones arbitrarias, sería tan inobjetablemente el nivel básico donde la inteligencia encontraría, de modo inaugural, categorías de rango conceptual. Esta cuestión ha levantado suficiente polvareda ya en Saussure, pero se sabe que no hay más que algunos pocos párrafos del *Curso de lingüística* donde el nexo lenguaje-pensamiento es comentado, con la perspectiva de que los signos lingüísticos proveen de nitidez a la materia intelectual (cap. IV, §1). Coseriu piensa de manera coincidente, pero nos da asideros para poder comprender mejor desde dónde está hablando.

Según Coseriu (1981a, 1990, 2016), la idea de concepto impone ir más allá de la *Gestalt* estimular con que el objeto se presenta a los sentidos, y haber practicado sobre esta materia una transformación, haberla elaborado de suerte que el resultado no refleje con fidelidad el punto de partida. Una categoría es por consiguiente conceptual si es el producto de haber separado del estímulo o de su generalización formal un rasgo o conjunto de rasgos, a partir de donde se establece como una entidad mental independiente. La condición de *abstracto* supone por ende, explicitado por Coseriu (1990, 2016 y otros lugares), un elemento decisivo en la conformación de clases; sin ello se está todavía al nivel de las generalizaciones perceptivas. *Ver* muchas veces una forma, o haber explorado de manera *táctil* un objeto, nos permite luego reencontrar ese mismo patrón estimular-gestáltico en otros

distintos ejemplares, pero una categoría de tipo conceptual requiere haber diseccionado entes concretos y haber separado de ellos algún rasgo subsecuentemente universalizado.

Falta en Coseriu un tratamiento pormenorizado del modo en que la semántica de corte estructural se imprimiría en los niños preverbales. También faltan los argumentos que, en el marco de su impugnación a la semántica de tipo cognitivo (Coseriu, 1981a, 1989-1990 y otros textos), justifiquen por qué unas categorías de tipo conceptual no podrían nunca anteceder a los significados de la lengua (e incluso facilitar su comprensión). Si es atinada la separación trazada por Coseriu entre significados y conceptos (de la mano de su comentario sobre el modo en que la vaguedad de *meaning* en inglés, que abarca los dos términos del español, ha propiciado un ámbito de confusiones —cfr. Coseriu, 1992, 1998), no se sigue necesariamente que aquellos primeros sean modelo para los segundos. Siempre cabría admitir, en un plano de posibilidades, que algunos conceptos *primitivos* podrían ordenar el suelo de la cognición para que luego se les asociaran significaciones aportadas por la lengua. Bajo esta concepción, el niño usaría construcciones previas para vincular las diversas secuencias de fonemas con algo a lo que intuitivamente *nada*, por fuera de las contribuciones del ambiente, obligaría a relacionar. La conexión estaría así promocionada desde unas categorías originarias que serían la plataforma de la cual podría servirse el esquema del léxico para instalarse.

Si el signo lingüístico liga arbitrariamente sus dos partes (cuestión que será abordada en la sección 2.1), se hace necesario un argumento que explique cómo los niños, sin ayuda de categorías de objeto, pueden vincular las voces de su entorno con entes de *tipos* específicos. El *tipo* o la categoría de entes particulares parece un prerrequisito para que el bebé, en su primer año, comprenda cuál es el campo extensional con el que cabe utilizar una palabra. Según Coseriu, sin embargo, la conformación de una estructura de significados codeterminados (“solidaridades léxicas” —Coseriu, 1981b) precede al empleo deliberado de palabras para referirse a objetos o acontecimientos (Coseriu, 1981a, 1982a, 1982b, 1989-1990, 1991, 1992).

Sobre esta idea confluyen dos distintas líneas de razonamiento. Por una parte, a consecuencia de asumir que el registro simbólico suponía la oponibilidad de elementos discretos semánticamente codeterminantes, el estructuralismo de estirpe francesa había ya sugerido que el lenguaje debía haber aparecido sobre la faz de la Tierra *todo de una vez* (Lévi-Strauss, 1950); esto conduce hasta la simultaneidad del sistema de lengua y de todo sistema cultural en cuanto que fruto de la arbitrariedad. Por otra parte, la prelación de los significados respecto de la designación o referencia revela una larga historia (*significatio prior suppositione* es sentencia de Petrus Hispanus); esto conduce a la secuencia *palabra* → *concepto*. La tesis de Coseriu integra las dos perspectivas, con el resultado de que el referir, el modo de abordar el mundo por medio de signos de algún tipo conceptual, surge en la lengua y nunca sino *por* la lengua. Solo los significados brindarían al niño posibilidad

de referirse a los objetos, propiedades, eventos y acciones de su vida cotidiana desde un repertorio de nociones que sirve a cortar el mundo en parcelas semánticas prediseñadas. El léxico está allí, causalmente implicado en el momento inaugural, representado por un número de signos que, variable, muy lejos del repertorio adulto, contiene en sí mismo las características de la semántica entendida como estructural, encapsulada dentro de sus muros y en principio ajena a toda circunstancia.

La precedencia de estas simultaneidades léxicas, que se acompaña de la instauración conjunta de un set de significados, no implica en Coseriu que el niño carezca de recursos previos para referirse al mundo, sino que el acto gestual de referencia no sería un acto motorizado por categorías abstractas *arbitrariamente* establecidas por demarcación recíproca, tal y como sucederá a partir de la palabra. Establecidos los significados, el acto de referir estará dirigido a reencontrar el ente cuyos límites precisos la lengua habrá definido al lexicalizar las representaciones psíquicas antecedentes. Señala Coseriu (1989-1990, 1990, 1991, 2016) que mientras el léxico pone a disposición del individuo la urbanización-parcelación originaria del entorno cósmico, este recorte primordial será más tarde contrastado con la realidad concreta o esencial de las cosas en cuanto tales, promoviéndose con ello una valoración más fina, a cargo de la ciencia, de lo que en el mundo *hay efectivamente*. Estas categorías de cognición proceden, por lo tanto, de aquellas primeras arbitrarias, pero, controladas por las propiedades que la inteligencia descubre en las cosas por fuera de las categorías de lengua, la ciencia ejecuta una refundición de los conceptos aportados por la estructura del léxico. En consecuencia, los conceptos científicos difieren de los del lenguaje en que estos (a) no ven al mundo y se organizan de forma *sui generis*; (b) no emiten juicio acerca de lo que las cosas *son*, pero sí brindan al sujeto el primer mapa conceptual, la batería de formas léxicas con la que el mundo se puebla de objetos nominalizados y clasificados; c) no aportan la verdad definitiva sobre el ser o la organización del universo, pero son la materia desde la que se proyecta toda reestructuración a cargo del saber científico, aun si este acaba desautorizando la cartografía inicial (1991, 1992). La categorización científica del mundo no se apoya en la palabra más que para investigar el mundo: los fallos que emita sobre nuestra realidad pueden llegar tanto a coincidir, al menos parcialmente, como a desacreditar de manera esencial la obra primera de las lenguas. Así es posible comprender que diferentes lenguas aporten distintas perspectivas en un sentido sapir-whorfiano, y que no obstante estas variantes o incompatibilidades puedan depurarse y llegar a un acuerdo por medio de observación, experimentación y debate constante.

Como ya ha sido señalado, este planteo tiene el inconveniente de no revelar cómo sucede que se forman las categorías de lengua para el niño. En tanto preexistentes en el entorno social, son convenciones a las que no cabe sino acomodarse; pero cabe el interrogante de cómo entender que el niño pueda vincular objetos con fonemas si esta relación no se acomoda, de alguna manera, sobre algunos elementos cognitivos previos que puedan elicitarla. La pura arbitrariedad, tan necesaria para la idea de sistema, puede en contrapar-

tida llevarnos —de nuevo— a la inescrutabilidad del referente (Quine, 1960): ¿qué significa “gavagai”? Para explicar de qué forma el bebé realiza conexiones entre enlaces arbitrarios de sonido y referente parece atinado suponer que emplea recursos previos, y que los entes *significados* por respectivos significantes se encuentran de algún modo anterior *tipificados*. Para entender la oposición, en lengua castellana, ‘pierna’/‘pata’, necesita el niño poder distinguir con anterioridad a los seres humanos de los animales y las cosas, debido a que ‘pierna’ se usa solo para las extremidades de la primera categoría y que ‘pata’ corresponde a las siguientes dos. La arbitrariedad para integrar en ‘pata’ extremidades de animales, sillas y otros muebles no basta para olvidar que antes deben reconocerse todos estos tipos de ente. Frente a lo cual, la perspectiva coseriana puede sin embargo defenderse pensando en que el niño germanoparlante recibe de su estructura léxica la distinción entre *Finger* y *Zehe*, coyuntura que obliga a la distinción entre los dedos de la mano y los del pie (también en la lengua inglesa, *finger/toe*, y en la francesa, *doigt/orteil*); esto es, el niño debe distinguir dos entidades que equivalen en su anatomía y fisiología (salvando el aspecto de la localización), y con ello a pensar con dos categorías lo que la percepción podría intuitivamente comprender como un par de ejemplares de la misma clase. En el mismo sentido podría sugerirse que en inglés hay una sola voz para los dos significados /pierna/ y /pata/ (*leg*), prueba de que las lenguas trabajan antojadizamente sobre la fenomenicidad ofertada a la percepción. Pero, en rigor, si la arbitrariedad permite que piernas/patas queden comprendidas en una misma categoría verbal o que, por el contrario, puedan separarse, esto es porque subyace a las dos estrategias una batería de pistas cognitivas que permiten al hablante de español no hallar irrazonable el trabajo de agrupamiento de la lengua inglesa. La cuestión que corresponde dirimir es si este *preconocimiento* implica nada más generalizaciones perceptivas o involucra alguna cuota de abstracción. La perspectiva coseriana solo podría desafiarse si hubiera evidencia de que hay pensamiento conceptual genuino, entendiéndose abstractivo, con antelación a que el niño pequeño se halle en posesión de un léxico mínimamente articulado por oposiciones. Es imperioso discutir si no hay conceptos prelingüísticos, categorías genéricas y abstractas que, fuera de generalizar, destaquen de la experiencia un rasgo y lo conviertan en una entidad cualitativamente diferente (no puede igualarse la *Gestalt* estimular de X con haber desagregado cognitivamente de X el rasgo y particular y haber confeccionado de él una noción abstracta Y).

En un orden paralelo, la absoluta prioridad conferida al lenguaje en la primera tesis coseriana se carga de un contenido diferente: vale también para el marco interaccional-social de la naturaleza *cultural* del hombre. En la tercera tesis del decálogo Coseriu puntualiza —recordemos— que los signos de la lengua “son siempre creados ‘para el otro’, o, mejor dicho, como si fueran ya de antemano del otro, y de ahí su alteridad. En este sentido, el lenguaje es la manifestación primaria de la *alteridad*: de ese ‘ser con el otro’ característico del hombre” (Coseriu, 1999 —traducción de Kabatek, 2011: 6). El lenguaje encarna entonces la primera realidad del otro como *partenaire* social: las relaciones intersubjetivas estarían moldeadas por su mediación desde un primer momento onteogénico.

Adoptando un criterio cronológico, la sección inmediata comienza por el análisis de este segundo aspecto de la tesis de la prioridad lingüística absoluta, para más tarde retomar la cuestión del concepto.

3. El lenguaje como prioridad absoluta en el plano social

Desde la psicología del desarrollo concentrada en las fases tempranas del aprendizaje de la lengua es posible aportar algunos datos decisivos para contrastar la plausibilidad y la coherencia de todas las tesis de la lingüística *pura*. En concreto, la inclusión de la corporeidad como variable en el proceso de la comunicación con otros y acerca del mundo está llamada a producir cambios profundos en los estudios de adquisición lingüística. Si bien es cierto que la dimensión que aquí interesa es fundamentalmente la de lengua y no la de lenguaje (porque la semántica del caso es fruto de las unidades de significado de tipo verbal y mutuamente concertadas), esta debe explicarse desde su germinación, cuando el gesto ha mostrado forjar con la verbalización un lazo indisoluble (Butcher y Goldin-Meadow, 1993; Capirci y Volterra, 2008; McNeill, 1985, 1992, 2012).

En efecto, el gesto ha conmovido el nervio del concepto de lenguaje. En la primera infancia, su valor combinatorio junto a la palabra es una instancia de semiosis que no puede soslayarse en el camino hacia la gramaticalización. Ambos tipos de signo, gestual y verbal, cooperan en *pie de igualdad* por sobre diferencias morfo-funcionales (el gesto es *gestáltico* y, por lo mismo, irreductible a unidades menores con significado; la palabra es analítica y a la vez componible, de acuerdo con reglas, para generar mensajes de mayor complejidad). Durante el período holofrástico, los niños producen compuestos de dos referentes. Las oposiciones surgirán en un segundo tiempo, cuando la palabra entre en contacto con otras palabras y aquellas antítesis del estructuralismo puedan desplegarse. Los acoplamientos de palabras (período de dos palabras, 12 a 18 meses en promedio) no implican oposiciones, sino posibilidad de secuenciar, siempre con el respaldo del signo gestual. Que el niño sea capaz de generar construcciones sintagmáticas elementales ('yo nene', 'esto mío') no contempla que haya oposiciones suficientemente finas en el registro paradigmático (un espacio lingüístico en que la proximidad semántica agrupa unidades que, solo por el contacto, se recortan unas de otras). Los progresos de la verbalización del niño de esta etapa sugieren que las oposiciones subsiguen a las cooperaciones que ligan palabras de campos semánticos desvinculados. Que el niño equivoque en el comienzo los pronombres personales y aluda a sí mismo en calidad de 'vos', o no reemplace el 'yo' cuando apela a algún interlocutor (fenómenos hartos comunes), insinúa que no están dadas todavía, cuando ya emplea estos términos, las estructuras de significado en el plano paradigmático. El proceso de la adquisición lingüística en esta temprana fase revela que en el origen la palabra tiene un primer compañero, el gesto, con quien las oposiciones saussureanas no pueden pensarse (pues ambos tipos de signo corresponden a modalidades expresivas diferentes)

y que las composiciones de palabra pregramatical requieren antes de elementos colaborativos (para componer sintagmas o protosintagmas, inclusive primeras proposiciones) que de oposiciones. Estas no son un precedente lógico, sino un punto de arribo que solo puede tener lugar cuando el vocabulario del sujeto haya alcanzado un cierto *quantum* y, con ello, la necesidad de una estructuración interna.

Es pertinente detenerse a analizar los bastidores cognitivos que proyectan al sujeto humano al mundo de la significación, gesto, palabra y primeras composiciones; ellos coinciden, desde luego, con las relaciones afectivo-comportamentales previas al empleo y la comprensión semiósica. ¿Es efectivamente consecuencia del lenguaje que los intercambios adulto-bebé cobren visos humanos en un sentido preciso (de nuevo la tesis 3: “la manifestación primaria de la *alteridad*: de ese ‘ser con el otro’ característico del hombre” [ver *supra*] —una valoración que parece aludir a que los intercambios se convertirán en diálogos sobre la base de un mutuo brindarse, el emisor y el receptor, significados). Pero hay consenso en los especialistas de primera infancia en cuanto a que los intercambios previos al lenguaje son por mucho más complejos que lo que se había supuesto (Bruner, 1990; Español, 2008; Martínez, 2019). El lapso denominado de *intersubjetividad primaria* (2-9 meses —Trevarthen y Hubley, 1978) abarca la construcción de un primitivo *nosotros* (no —desde luego— una perfecta relación yo-tú) en cuyo seno se disponen a futuro aquellos lineamientos que marcan como *auténticamente humanas* las interacciones que ya aquí tienen lugar. El primer código para el flujo informacional entre el bebé y la madre es, claramente, el cuerpo, el que conviene comprender no tanto como un cuerpo de forma cerrada, ‘buena forma’ en la acepción de una *Gestalt*, sino como corporeidad, un elemento o *medium* en el que las realidades físicas y psicológicas de dos sujetos se conjugan para celebrar contactos y experiencias de tipo co-vivencial (Español, Martínez, Bordoní, Camarasa y Carretero, 2014). De aquí extraen los bebés patrones conductuales con los que ubicarse en consonancia con los otros y, de esta manera, prever sus reacciones (no menos que promoverlas). Esta capacidad, junto con una natural *proclividad* al otro (a compartir estados de consciencia y afectividad con quien supone, en los primeros meses, la totalidad del mundo en el bebé), se verifica en el fenómeno llamado de *protoconversación* (Beebe, Stern y Jaffe, 1979). A la edad de 2 meses, el bebé entra al juego de emitir, por turnos, vocalizaciones de ida y vuelta con el *partenaire* adulto, respetando su momento y replicando a cada intervención de la otra parte con una oportuna participación especular. Este intercambio lúdico de cara a cara preceptúa la normatividad formal del diálogo desde una primitiva función fática (Jakobson, 1960). La protoconversación es, por lo tanto, la matriz del diálogo y una forma inicial de alteridad: la forma viva, en acto, más directa y más indispensable del lenguaje por desarrollarse y entendido como encuentro entre dos individuos mutuamente interesados en relacionarse. A este formato el gesto y la palabra aportarán más tarde el contenido, pero solo desde un dispositivo *preacondicionado* para recibir significados.

La reciprocidad altamente específica (*species-specific*) de este fenómeno se hace evidente desde un ángulo complementario al mirador del niño. En las acciones destinadas meramente a compartir, a encontrar un idioma antes de todo idioma, el adulto se compromete con participación activa del bebé en la situación: lo espera, lo involucra, le enseña un lugar al que acogerse y desde el cual coprotagonizar el vínculo; promueve con ello el *estar-con*, le convida significados que no pueden reducirse a la verbalidad (aunque en modo parcial sean ofrecidos a través de la palabra —*pero no* exclusivamente por medio de la palabra, la cual todavía carece, para el niño, de sus propiedades significativas—). Esta disposición de los adultos hacia los bebés no está documentada en primates no humanos. Los chimpancés no enseñan a sus crías, que deben por sí solas idear el camino a la consecución de fines observados en adultos (cuestión que ha llevado a distinguir la imitación humana de la emulación —Gómez, 2007). Al mismo tiempo, este fomento de las relaciones de intercambio comprende una cierta propensión innata a ajustar la conducta adulta, *parentalidad intuitiva* (Papoušek, 1996) por la que espontáneamente se introducen claves de coparticipación (información que corresponde a cierta musicalidad presente en el origen: ritmo, melodía, contrapunto, etc. —Trevarthen, 2008). El adulto interviene (a) por medio del entonamiento —*attunement*— afectivo (Bordoni, 2018), un duplicado transmodal de cierta manifestación a cargo del bebé (por ejemplo, de visual o de auditivo a táctil; el niño libra rítmicamente voces y el adulto recoge esta pauta y la replica con una presión sobre la piel de aquel, mostrándole, de esta manera, que se encuentra en una misma sintonía afectiva e interpersonal); (b) utilizando el *maternés*, dialecto parental que se caracteriza por la vocalización exagerada, el énfasis del contorno melódico, la supresión (cuando el niño es capaz de comprender palabras) de los elementos expletivos del mensaje.

El chimpancé no tiene más remedio que aprender por sus solos recursos sin ser enseñado, mientras que la especie humana suministra a los bebés la máxima asistencia estimular que este precisa para su enculturación. El estado de comunión antes descrito, esa empatía fundamental, traza y asienta en el psiquismo del bebé la sensibilidad y aquella pauta interactiva sobre las que *a posteriori* vendrá a acomodarse la lengua materna. Huelga aclarar: entre protoconversaciones y lenguaje media una distancia cognitiva que nunca podría llegar a sobrevalorarse, pero la relación diádica estará consolidada para cuando la palabra haga su aparición, bajo la forma de la producción verbal, y encuentre allí un suelo fecundo en el que echar raíces. La alteridad fundamental y humana está en su sitio cuando el mundo del significado se evidencia en las primeras locuciones infantiles.

Hacia los 9 meses el bebé produce uno de los más importantes cambios en su vida psicológica, razón que funda una intersubjetividad de tipo secundario, caracterizada por una capacidad de seguir la atención del otro sobre los entes del mundo (Trevarthen, 1998). Hasta este punto, los bebés se concentraban en objetos o interlocutores de manera separada: ahora ligan los actos práxicos con las actividades interpersonales. Se han percatado de que en la mirada de los otros, en la orientación del torso o de la cara, hay una línea imaginaria

que conecta al interlocutor con un objeto, que por ende el otro, *como él* por su parte, es un ente del mundo interesado también por objetos. Sobre la pista de esta triangularidad *sujeto /objeto /otro sujeto* es posible participar del interés del otro y hacer coincidir ambos focos atencionales (atención conjunta —Escudero y otros, 2013). Un paso más y el niño entiende que puede usar la atención del otro, por medio de signos, para conseguir el beneficio del objeto. Todo está preparado para que la acción semiósica aterrice en la conducta.

El signo de pedir busca en el otro aquel intermediario para acceder al objeto de interés (el gesto es *protoimperativo*). Como gesto de *pointing*, señalar, esto puede ser agenciado tanto por bebés como por otras variedades de primates. Pero bajo ese mismo tipo de morfología manual, solo el bebé puede gestualizar para indicar al otro algo que no le representa un beneficio y con lo que no media otro interés que compartirlo *desinteresadamente* (gesto *protodeclarativo*) (Gómez, 2007).

La multimodalidad fundamental que subyace al lenguaje y que proscribe la exclusión o impermeabilidad entre signos de cualquier tipo y signos de palabra no debe llevar a confusión y sugerir que la noción de módulo chomskiano-fodoriana se puede calcar sin salvedades sobre la estructura de la lengua saussureano-coseriana. Si se trata en ambos casos de sistemas endogámicos, a los cognitivistas interesan fundamentalmente los procesos neuropsicológicos de codificación-decodificación verbal y mezclan, bajo la categoría de *meaning* (como ha sido señalado) los significados y los referentes, sometidos a un criterio de lingüística *epistemológica*. De una tendencia opuesta, la lingüística *lingüística* (Kabatek, 2011) corresponde en cambio a una tarea de discriminación: la lengua es un sistema que no debe nada a realidades más allá de sus fronteras. Con todo, las composiciones bimodales de gesto y palabra muestran que la lengua, concebida con cierta exclusividad, no puede desentenderse del aporte de otras formas expresivas, ya que su naturaleza de sistema, aunque sea puramente de palabras, se genera y se va refinando en colaboración con signos de otra laya (Rodríguez y Español, 2016).

Aunque todas las lenguas organicen sus significados intrínsecamente y con autonomía, esta organización avanza de modo gradual y con apoyo en los avances de morfosintaxis. Según la argumentación ya desplegada, no es posible concebir que las oposiciones, ni siquiera en su formato más rudimentario, estén vigentes cuando la palabra asoma a la boca del niño. Parece más acertado pensar que el vocabulario se amplifica juntamente con la aparición de acoplamientos de gesto-palabra, palabra-palabra y las primeras construcciones con gramática. Esta fecundidad recíproca entre el signo y su composición se observa en el hecho normal de que, cuando falta a las intenciones la palabra exacta, acuden en rescate o bien los gestos o bien una alternativa que el niño utiliza con creciente versatilidad, esto es: la perífrasis, una estrategia con la que reemplaza los nombres desconocidos. Este parafraseo no puede sin embargo acontecer sino a partir de que prexistan ya categorías de objeto que puedan comunicarse a través de un rodeo. Aquellas ideas sin un lugar en el vocabulario y

que carecen —todavía— de las oposiciones necesarias se vierten por otros medios, entre ellos pequeñas frases que, correctas o incorrectas, se prestan a los afanes de *hacerse entender*. Si las oposiciones de signos lingüísticos no dan explicaciones de su génesis, quizás convenga reconsiderar si en cambio no son resultado de maniobras comunicativas previas y de una organización mental que cuenta ya con clases conceptuales. *Nombrar* y *decir* son dos distintos roles del lenguaje (Coseriu, 1991), pero nada sugiere, entre ellos, perfecta serialidad. Aseverar que el léxico es primero y *luego* sobreviene la gramática (sin advertir que entre las primeras palabras y la corrección morfosintáctica tiene lugar un interregno donde la amplitud cuantitativa de los signos-tipo y las habilidades de articulación están, ambas, en un estado inacabado, que trabajan sinérgicamente y que solo por esta colaboración van alcanzando, cada cual, su estado terminal) es una solución que no contempla los datos de observación. Y esa gramática rudimentaria entrelazada con signos que aún no conocen de campos semánticos en un sentido estricto rasga la uniformidad de los planteos estructurales, porque está asociada a componentes conceptuales de nombres desconocidos.

Esto lleva a afirmar que la multimodalidad y los patrones de intercambio presemántico bebés-adultos suministran el cimiento de toda la comunicación humana *en cuanto humana* sin necesidad de aguardar hasta la palabra y el troquelamiento sistemático del campo del significado. Al mismo tiempo, parece obligado suponer, bajo el fenómeno de las nociones sin palabra, un campo cognitivo capaz de poner entre paréntesis la tesis de la prioridad del léxico sobre el concepto.

4. El lenguaje como prioridad absoluta en el plano cognitivo

El tratamiento de este aspecto de la tesis coseriana se halla dividido en dos subítems. Por una parte, el del principio saussureano de arbitrariedad, que implica la *subsecuente* oposición de términos (De Mauro, 1967) sin restricciones desde propiedades materiales-funcionales; por otra parte, el de la presuntiva inexistencia de nociones conceptuales antes del lenguaje, que deja a este tipo de categorización bajo el imperio de aquellos recortes semánticamente generados por el sistema de oposiciones arbitrarias.

4.1. Las oposiciones semánticas y la arbitrariedad

Según Coseriu, “el lenguaje representa; pero como tal no entiende lo representado” (Coseriu, 1977: 55-56 —mi traducción). Al mismo tiempo, “el camino de la recuperación de las cosas por el sonido es así pues inviable; hay que volverse a los significados como tales” (Coseriu, 1982a: 262.1 —mi traducción). La primera cita implica que nada permite en el signo lingüístico, por mor de la arbitrariedad entre el significado y el significante, ir intuitivamente desde su estructura a los entes del mundo (lo que encierra la ya destacada precedencia del significado respecto del referir). El postulado debe sin embargo contrastarse con la información empírica que hoy encontramos disponible: la lógica interna del planteo

estructuralista debe poder rendir cuentas de todos los hechos conocidos vinculados al fenómeno en cuestión. Dicho de otra manera, es imperioso revisar (de nuevo) si no existe un componente de motivación que penetre el lenguaje de manera tal que se pueda controvertir la universalidad de lo arbitrario. Omitiremos pasar por el tópico de la onomatopeya, tradicionalmente utilizado para objetar la extensión de este principio saussureano, el cual, para los estructuralistas (en aras de la estabilidad del sistema integral y por la autoridad del maestro ginebrino) carece de fuerza suficiente para reabrir el debate.

Aunque el planteo en torno de la motivación es tan antiguo como la filosofía del signo y nace con Platón (*Cratilo*), la lingüística moderna ha decretado que todo elemento icónico o con simbolismo natural no es nunca tan potente como para llevar a entredicho la regla de la arbitrariedad. Los argumentos en contrario han encontrado siempre escasa trascendencia (Köhler, 1929; Jespersen, 1922). En el comienzo del siglo presente, sin embargo, Ramachandran y Hubbard (2001) mostraron que en lengua inglesa y en tamil las voces inventadas *bouba/kiki* eran de modo coincidente correlacionadas con dos figuras geométricas cerradas: un dibujo de ondas suaves, *ameboide*, y otro de ángulos agudos. El 95% de los hablantes examinados asignaba el primer nombre a la figura curvilínea, el segundo a la forma estrellada. La alta correlación, luego muy replicada en otras lenguas (Scotto, 2019), sugiere que nuestra sensopercepción reencuentra, en el *input* visual, determinadas propiedades del sonido (y viceversa) y que existe iconicidad, de tipo transmodal, mediante la que el aparato cognitivo pondría en relación una forma angulada con una emisión de voz interrumpida (por el fonema oclusivo velar sordo /k/) y, de otra parte, enlazaría una forma de trazado curvilíneo con el sonido labial vibrante /b/, que no afecta de modo tan marcado el flujo de aire.

La sinestesia por detrás de *bouba/kiki* liga inconscientemente rasgos sensoperceptivos de modalidades diferentes de un modo que desafía los lazos arbitrarios entre las dos partes del signo lingüístico. El individuo tendería inconscientemente a asimilar continuidad y discontinuidad gestáltica en el rubro visual y en el sonoro. De esta manera, el par de signos *tal* y *cual* no sería fruto de una oposición *tal/cual* (cantera de los dos significados /tal/ y /cual/), sino de relaciones previas en las que el objeto induciría, transmodalmente, la conformación (o la elección) de los fonemas respectivos (una continuidad que va del mundo a la lengua sin interrupciones). Ciertos autores defienden que este vector que enlaza el mundo perceptual directamente con los signos de la lengua es relevante en las primicias del habla infantil (Imai y Kita, 2014; según Perry y otros, 2017, los niños aprenden más rápidamente y usan con mayor frecuencia las palabras con más iconicidad).

De ello se sigue que el sistema no es algo absolutamente autónomo, sino que está sujeto, en el apareamiento de significantes y significados, a las constricciones cognitivas subyacentes que las puras convenciones culturales no podrían torcer, dado que los enlaces entre objetos y significantes serían más arcaicos según el psicoprocesamiento de la información.

La prueba aportada por las investigaciones translingüísticas señala que, para determinados signos, las correspondencias sinestésicas tienen más peso que las acomodaciones arbitrarias dentro de cada estructura, y que la deriva de la masa de los pensamientos sobre la de los sonidos, esquematizada por Saussure como dos nebulosas (1967 [1916]: 156), se ve en ciertos casos constreñida a respetar fraternidades más fundamentales.

Así resulta que, más que un principio universal, el hecho de arbitrariedad para las conexiones del significado y el significante parece *una* de las normas para la conformación del sistema lingüístico. La iconicidad sería también criterio para el establecimiento de signos de lengua. El par *bouba/kiki* revela en definitiva ser menos un par de opuestos que dos ocurrencias de sonido independientes nacidas del aparato cognitivo. Las motivaciones prevalecen, donde fuera el caso, por sobre el recorte del campo semántico.

No obstante, que el juego de las oposiciones de la lengua no sea en realidad enteramente libre, o que el sistema no implique invariablemente oposiciones codeterminantes, no haría más que rebatir el principio de la arbitrariedad como homogéneo (y sugerir en cambio *heterogeneidad* —Scotto, 2019). La correspondencia entre las propiedades del objeto y el significante no alcanza para impugnar para la tesis de la prioridad lingüística sobre categorías de tipo conceptual. La parte arbitraria inobjetable en el sistema de la lengua podría ser motor para pensar de una manera abstracta las *Gestalten* perceptuales, de manera que la tesis coseriana se mantiene en pie hasta que se aporten pruebas de que hay efectivamente un pensamiento prelingüístico de tipo conceptual.

4.2. Conceptos y palabras

Como se ha detallado, para Coseriu el pensamiento solo adquiere claridad desde el momento en que las representaciones previas se acomodan con sendas cadenas de sonidos para conformar signos lingüísticos. Las representaciones prelingüísticas solo serían registros sensoperceptuales generados en la realidad empírica de los objetos, y la humanización de tales contenidos vendría de la mano del lenguaje, responsable de la agrupación de entes particulares siguiendo un criterio ajeno al de la información estimular. Sin embargo, ¿por qué las vivencias del bebé serían almacenadas como copias o generalizaciones de *Gestalten* y no habría allí un ejercicio más elaborado que, sobre los materiales de la percepción, analizara y a la vez sintetizara, de suerte de producir una clase distinta de formato cognitivo, una variante que nada debiera a las palabras sino que, al contrario, las acomodara luego a su servicio para unas funciones comunicativas? Ello sin descartar que, por su lado, las palabras modiquen las formas precarias de aquella primera conceptualidad.

Por caso, el movimiento, y el *tipo* de movimiento, no es tan solo un rasgo del ente concreto, sino una característica común a los objetos en los que se encuentra, a la cual es pertinente llamar conceptual. Durante largo tiempo Jean Mandler (1992, 1994, 2000, 2004) ha llevado adelante estudios de primera relevancia sobre la primera ordenación del mundo en niños

preverbales. A partir de organizadores *image-schemas*, y contra la idea de que el bebé solo tiene un comportamiento regulado por sensomotricidad, Mandler ha sugerido que, antes de toda función semiótica, se desarrolla en los bebés una determinada habilidad para *abstractivamente* interpretar el entorno inmediato. Ha distinguido *primitivos espaciales* (*building blocks* conceptuales), *image-schemas* propiamente dichos (articulaciones cognitivas de carácter primitivo, por lo tanto prelingüísticas, surgidas de la experiencia corporalmente mediada) e *integraciones esquemáticas* (estructuras que procesan las dos formas precedentes) —cfr. Mandler y Pagán Cánovas, 2014. Según Mandler, un primer esquema protoconceptual se encuentra ya en funcionamiento hacia los 6-7 meses de vida:

El sistema conceptual comienza en el momento del nacimiento o próximo a él, y los fundamentos que lo estructuran se crean durante los primeros meses de vida. Las lenguas particulares hacen cambios en el sistema conceptual, pero estos cambios tienden a ser variaciones relativamente menores sobre las nociones conceptuales fundacionales. Por ejemplo, en coreano, las palabras para la acción/ estado de contener expresan obligatoriamente si esta es apretada o floja, a diferencia del inglés, en el que la distinción es opcional (por ejemplo, McDonough, Choi y Mandler, 2003), pero ambos idiomas expresan la acción/estado de contener (Mandler y Pagán Cánovas, 2014: 513 —mi traducción).

Las primeras formas conceptuales de conocimiento del entorno están lógicamente vinculadas con el espacio y el movimiento (Mandler, 2012), y permiten la distinción animal/inanimado hacia los 6 meses de vida, sobre la base de la discriminación entre entidades con capacidad para empezar el movimiento por sí solas y aquellas necesitadas de un contacto previo. Naturalmente, requiere bastante más tiempo poder discriminar entre especies concretas, ya que aunque hacia los 3 meses los perros y gatos se distinguen en el plano perceptivo (Quinn, Eimas y Rosenkrantz, 1993), las propiedades asignadas a unos y otros no son asignadas todavía acertadamente pasados los 12 meses (Mandler y McDonough, 1998).

A los 14 meses, cuando aún muchos niños no dicen palabra, Mandler advirtió que en el agrupamiento por tipos de objetos la pauta de semejanza no era lo definitorio. El parecido perceptual no llevaba a los niños a juntar aves y aviones, sino a colocar las aves con los perros o los peces (Mandler y McDonough, 1996, 1998; Mandler, 2004). Según ello, la categoría de objeto semoviente desafía la tesis de asimilación por rasgos morfológicos y permite asumir que los bebés extraen de los perceptos cualidades para conformar una entidad intelectual inexplicable en términos estrictamente representativos. En opinión de Mandler, estas categorías suministran “un fundamento para la adquisición del lenguaje al crear una interfaz entre los procesos continuos de percepción y la naturaleza discreta del lenguaje” (Mandler, 1992: 587 —mi traducción).

Este trabajo de transformación implica al mismo tiempo análisis y síntesis: la descomposición de las distintas instantáneas perceptuales permite la reutilización de los rasgos aislados y la construcción de una unidad mental operativa sin antecedentes. Ocurre a la vez una

eliminación de los detalles cognitivamente irrelevantes (en el plano *conceptual*) y la recodificación de aquellos datos preservados. La precariedad relativa de estas unidades (comparadas con la sofisticación que el niño adquirirá más tarde, en buena parte gracias al lenguaje) es sin embargo de carácter auténticamente conceptual, dado que el contenido en juego no responde a perceptos actuales ni a previas imágenes almacenadas (representaciones).

Sin enfrentarse a la visión de Mandler, Katherine Nelson (1985, 2000) ha propuesto que aquellas categorías fundamentales surgen de cierta pragmática de los objetos ligada a rutinas compartidas que el bebé incorpora de manera natural y de las que extraería invariantes más allá de los perceptos. La interacción con los objetos, dentro de programas de acciones pautadas por el mandato biológico y por construcciones culturales no menos presentes, iría generando las saliencias funcionales que darían lugar a las categorías de nivel básico. Sobre ellas, el lenguaje vendría a posibilitar un más sutil cartografiado, con la progresiva delimitación de otras categorías supraordinales y subordinales. Si las impresiones sensorio-perceptivas ligan al niño pequeño con su medio, es su conducta con objetos (dentro de un espacio psicológico marcado socialmente por el interlocutor adulto y a través del cual los niños ingresan a un mundo de hábitos y normas) lo que gesta una objetividad categorial independiente. El conjunto de las prácticas convencionales preexistentes determina el modo de la manipulación de objetos, esfera de acciones plenamente humana, aunque incipiente, donde es decisivo el intercambio emocional-y-cognitivo con los *partenaires* y una coordinación para entenderse recíprocamente y sobre el entorno de cosas.

En una tercera posición se ubica Susan Carey (2000, 2009), para quien existen representaciones conceptuales de naturaleza innata (*core cognition*) que, por tanto, nada deben al lenguaje. Con diferencias en detalles fuera de nuestro objetivo, otros autores comparten que es obligado suponer un repertorio de conceptos en el nacimiento (p. ej., Gopnik y Meltzoff, 1997). Cualquiera que sea la perspectiva sobre el origen del pensamiento conceptual, la psicología parece coincidir en que estos son la plataforma sobre la cual el lenguaje procede a montarse. Sin la existencia de categorías abstractas previas, sería complicado al niño comprender de qué manera usar los signos que su lengua le propone. Estos son nombres propios (que aluden a entes individuales) y nombres comunes, que tanto conciernen a generalizaciones como implican semánticamente una separación de improntas perceptuales y el acceso a cierta conceptualidad. La confluencia de la sensorio-percepción y de la manipulación de cosas, más la interacción-coordinación multimodal entre el bebé y su *partenaire* adulto, son el marco natural de crianza para que la cognición se eleve por sobre la pura representación y configure un pensamiento de estatuto conceptual que luego la palabra reacomodará.

5. Conclusión

La “prioridad absoluta” del lenguaje sobre el pensamiento en su valor de *humano* tal y como esta aserción es entendida por Coseriu (1991, 1999, 2016) parece no recibir de la

investigación empírica el respaldo conveniente. Si el concepto surgiera en la fragua del lenguaje, la falta del término (signo lingüístico) correspondiente llevaría a una subalterna ausencia del concepto correlacionado; pero, en los hechos, un concepto puede describirse mediante perífrasis con pleno desconocimiento del nombre asociado. Si a esto se quiere replicar que la perífrasis suple un olvido momentáneo, y que el concepto estaría previamente figurado por artes de la palabra, sería necesario recordar que los niños de corta edad, hablando a media lengua, preguntan los nombres de tal o cual cosa (*cosas tipo*) y "cómo se dice *cuando...*" (trayendo inmediatamente a colación *una* experiencia de su cotidianidad y consultando por la denominación que comprenda *todos* los casos), ejemplos que inducen a pensar que poseen el concepto antes que la palabra. Esa es por otra parte también la secuencia en el procedimiento del saber experto: el erudito inventa un nombre para aquello que *ya ha concebido*. Coseriu detectó muy bien esta segunda circunstancia al indicar cómo el saber científico tiene la potestad de incluso trastocar los fundamentos de aquellas categorías lingüísticas inaugurales, pero no reparó en el proceso de base, con el que estaría relacionada esta aducida potestad.

Junto a la admiración que, por hondura y por despliegue, la obra de Coseriu no puede dejar de despertar, si hubiera alguna cosa que observar a su trabajo sería haber dejado al margen el proceso ontogenético a través del cual el sujeto se apropia de una lengua y haber, simultáneamente, promovido tesis vinculadas a los desarrollos psicológicos del niño. Las actuales investigaciones de multimodalidad están poniendo de relieve hasta qué punto el proceso de adquisición está ligado a coordenadas comunicativas, a signos diversos (expresión facial, gestos aislados, composiciones de gesto-palabra y palabra-palabra) y a nociones conceptuales presemióticas.

He pretendido discutir cómo no es compatible con el estado del arte una postura que haga de la lengua el agente primero de la conversión de representaciones cognitivas sensorio-perceptuales en categorías abstractas, superiores, de sustancia conceptual. No lo es en el registro sociocultural, donde preexisten rasgos interaccionales que fuera de dudas son clasificados como humanos, ni tampoco en el registro cognitivo, donde la organización más simple del concepto se encuentra presente sin necesidad de las oposiciones arbitrarias del signo lingüístico. En conformidad con la primera de estas dimensiones, las interacciones adulto-bebé anteriores al lenguaje muestran hasta qué nivel fundamental este procede de aptitudes comportamentales que van preparando su llegada. La lengua materna se acomoda a un espacio *ya socialmente* elicitado, el espacio del diálogo, cuya forma inicial o protoconversacional será colmada por su medio con significados (pragmática antes que semántica). En este plano, aquello que el lenguaje indiscutiblemente logra es refinar el ida y vuelta intencional, y abrir las posibilidades de intercambio hasta niveles impensables, pero no fundar los intercambios en cuanto que humanos *en ningún sentido*. En relación con la segunda de estas dimensiones, podemos citar un texto que bien puede ser, de todo lo antedicho, el corolario: "Los bebés no son las criaturas sensorio-motrices de Piaget. Un

rico sistema de estructuras conceptuales y hábitos cognitivos ya está en su lugar antes de que comience la actividad verbal. El lenguaje y la cultura se basan necesariamente en este sistema” (Mandler y Pagán Cánovas, 2014 —mi traducción).

El vasto legado de Coseriu se resiente hoy día en algunos de sus más vehementes compromisos, que deben cruzarse con datos empíricos y, como resultado, moderarse. Aunque la concepción del gran lingüista se ampara dentro de la coherencia de sus fundamentos, ha de ser tamizada por lo que surja de una conversación constante entre psicología y filosofía, por contribuciones que estas puedan realizar en un terreno que, como el lenguaje, no puede privarse de considerarlas. El planteo de Coseriu no sale en esencia del campo lingüístico, pero involucra afirmaciones que tocan por contenido a otros campos disciplinares, el de la psicología entre tantos. De acuerdo con ello, invita inevitablemente a una conversación (la ciencia, que obliga al debate y la contrastación, fue siempre un valor cultural para Coseriu). Si la teoría lingüística de cepa coseriana ha resistido sólida en muchos aspectos desde su formulación, y ha resistido por su cruce con distintas posiciones, por una reevaluación constante y rigurosa, idéntico criterio deberá aplicarse a todas sus facetas, incluso a aquellas que no se vean favorecidas. La visión esgrimida en este texto es crítica hacia la *absoluta* prioridad lingüística respecto de la inteligencia conceptual, pero sin desdeñar del respeto y la admiración hacia una obra de enormes dimensiones, y ubicada en el espíritu del debate científico que el humanismo de Coseriu siempre respetó. La herencia coseriana se honra con la reexaminación interdisciplinaria, porque, sin decir con ello novedad, esta es la pauta con la que justipreciar cualquier legado dentro de la ciencia.

6. Bibliografía citada

BEEBE, Beatrice, Daniel STERN y Joseph JAFFE, 1979: “The kinesic rhythm of mother-infant interactions” en A. W. SIQMAN y S. FELDSTEIN (eds.): *Of speech and time: temporal speech patterns in interpersonal contexts*, Hillsdale, NJ: Erlbaum, 23-34.

BORDONI, Mariana, 2018: “El entonamiento afectivo en las interacciones tempranas adulto-bebé: una revisión”, *Revista Colombiana de Psicología* 27 (1), 13-25.

BRUNER, Jerome, 1990: *Acts of meaning*, Cambridge, MA: Harvard University Press.

BUTCHER, Cynthia, y Susan GOLDIN-MEADOW, 1993: “From one spoken word to two: exploring the changing nature of gesture” [https://scholar.google.com/scholar?hl=es&as_sdt=0%2C5&q=Butcher%2C+C.+%26+Goldin-Meadow%2C+S.+%281993%29.+From+one+spoken+word+to+two%3A+exploring+the+changing+nature+of+gesture.+S%2FD.+&btnG=, fecha de consulta: 16/12/2020].

CAPIRCI, Olga, y Virginia VOLTERRA, 2008: “Gesture and speech. The emergence and development of a strong changing partnership”, *Gesture* 8 (1), 22-44.

CAREY, Susan, 2000: "The origin of concepts", *Journal of Cognition and Development* 1 (1), 37-41.

CAREY, Susan, 2009: *The origin of concepts*, Oxford: Oxford University Press.

COSERIU, Eugenio, 1975: *Leistung und Grenzen der Transformationellen Grammatik*, Tübingen: Günter Narr

COSERIU, Eugenio, 1977: "Zu Hegels Semantik", *Kwartalnik Neofilologiczny* XXIV (2-3), 183-193.

COSERIU, Eugenio, 1981a: "Significado y designación a la luz de la semántica estructural" en Eugenio COSERIU: *Principios de semántica estructural*, Madrid: Gredos, 185-208.

COSERIU, Eugenio, 1981b: "Las solidaridades léxicas" en Eugenio COSERIU: *Principios de semántica estructural*, Madrid: Gredos, 143-161.

COSERIU, Eugenio, 1982a: "Naturbild und Sprache" en Jorg ZIMMERMANN (ed.): *Das Naturbild der Menschen*, München: Wilhelm Fink Verlag, 260-284.

COSERIU, Eugenio, 1982b: *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid: Gredos.

COSERIU, Eugenio, 1989-1990: *Strukturelle und kognitive Semantik. Vorlesungen des Winterseminars 1989/1990. Nachschrift von Ulrike Maier und Heinrich Weber*, Universität Tübingen. No publicado.

COSERIU, Eugenio, 1990: "Semántica estructural y semántica cognitiva", *Homenaje al Profesor Francisco Marsá / Jornadas de Filología*, 239-282.

COSERIU, Eugenio, 1991: *Sprache und Weltbild. Vorlesungen des Sommerseminars 1991*. Universität Tübingen. No publicado.

COSERIU, Eugenio, 1992: "Zeichen, Symbol, Wort" en Tilman BORSCHÉ y Werner STEGMAIER (eds.): *Zur Philosophie des Zeichens*, Berlin-NY: De Gruyter, 3-27.

COSERIU, Eugenio, 1998: "Tesis acerca del significado", *Lexis* XXII (2), 83-86.

COSERIU, Eugenio, 1999: *Dix thèses à propos de l'essence du langage de du signifié. Texte inédit envoyé aux congressistes Colloque international "Perception du Monde et Perception du Langage"*. Strasbourg, 7-10 octobre 1999 [http://www.revue-texto.net/Inedits/Coseriu_Theses.html, fecha de consulta: 16/12/2020].

COSERIU, Eugenio, 2015: *Geschichte der Sprachphilosophie*. Neu bearbeitet und herausgegeben von Jörn Albrecht, 2 Bände, Tübingen: Narr Francke Attempto Verlag.

COSERIU, Eugenio, 2016: *La semántica en la lingüística del siglo XX: tendencias y escuelas*, Madrid: Arco Iris.

DE MAURO, Tullio, 1967: "Introduction" en Ferdinand de SAUSSURE (1967 [1916]): *Cours de linguistique générale. Publié par Charles Bally et Albert Sechehaye. Avec la collaboration de Albert Riedlinger. Édition critique préparée par Tullio de Mauro*, Paris: Payot, I-XVIII.

ESCUADERO, Alfonso, José CARRANZA y Elisa HUESCAR, 2013: "Aparición y desarrollo de la atención conjunta en la infancia", *Anales de Psicología / Annals of Psychology* 29 (2), 404-412.

ESPAÑOL, Silvia, 2008: "La entrada al mundo a través de las artes temporales", *Estudios de Psicología* 29 (1), 81-101.

ESPAÑOL, Silvia, Mauricio MARTÍNEZ, Mariana BORDONI, Rosario CAMARASA y Soledad CARRETERO, 2014: "Forms of vitality play in infancy", *Integrative Psychological and Behavioral Science* 48 (4), 479-502.

GOPNIK, Alison, y Andrew MELTZOFF, 1997: *Words, thoughts, and theories*, Cambridge, MA: MIT Press.

GÓMEZ, Juan Carlos, 2007: *El desarrollo de la mente en los simios, los monos y los niños*, Madrid: Morata.

IMAI, Mutsumi, y Sotaro KITA, 2014: "The sound symbolism bootstrapping hypothesis for language acquisition and language evolution", *Phil. Trans. R. Soc. B* 369, 20130298 [<http://dx.doi.org/10.1098/rstb.2013.0298>, fecha de consulta: 16/12/2020].

JAKOBSON, Roman, 1960: "Linguistics and poetics" en Thomas SEBEOK (ed.): *Style in language*, Cambridge: MIT Press, 350-377.

JESPERSEN, Otto, 1922: *Language. Its nature, development and origin*, London: George Allen & Unwin Ltd.

KABATEK, Johannes, 2011: "Eugenio Coseriu, las tesis de Estrasburgo y el postulado de una lingüística *lingüística*" en Johannes KABATEK, Miguel CASAS GÓMEZ y Vela SÁNCHEZ (eds.): *XIV Jornadas de Lingüística*, Cádiz: UCA, 35-56.

KABATEK, Johannes, y Adolfo MURGUÍA, 1997: *Die Sachen sagen, wie sie sind. Eugenio Coseriu im Gespräch*, Tübingen: Narr.

KÖHLER, Wolfgang, 1929: *Gestalt Psychology*, NY: Liveright.

LÉVI-STRAUSS, Claude, 1950: "Introduction à l'oeuvre de Marcel Mauss" en M. MAUSS: *Sociologie et anthropologie*, Paris: PUF.

MANDLER, Jean, 1992: "How to build a baby: II. Conceptual primitives", *Psychological Review* 99 (4), 587-604.

MANDLER, Jean, 1994: "Precursors of linguistic knowledge", *Philosophical Transactions of the Royal Society of London B: Biological Sciences* 346 (1315), 63-69.

MANDLER, Jean, 2000: "Perceptual and conceptual processes in infancy", *Journal of Cognition and Development* 1, 3-36.

MANDLER, Jean, 2004: *The foundations of mind: Origins of conceptual thought*, Oxford: University Press.

MANDLER, Jean, 2012: "On the spatial foundations of the conceptual system and its enrichment", *Cognitive Science* 36, 421-451.

MANDLER, Jean, y Cristóbal PAGÁN CÁNOVAS, 2014: "On defining image schemas", *Language and Cognition* 6 (4), 510-532.

MANDLER, Jean, y Laraine McDONOUGH, 1996: "Drinking and Driving don't mix: Inductive generalization in infancy", *Cognition* 59, 307-335.

MANDLER, Jean, y Laraine McDONOUGH, 1998: "Studies in inductive inference in infancy", *Cogn. Psychology* 37, 60-96.

MARTÍNEZ, Mauricio, 2019: "Desarrollo intersubjetivo y perceptivo: el ritmo como ejemplo de su enlace durante el primer año de vida" en Carolina SCOTTO, Fernando G. RODRÍGUEZ e Irene AUDISIO (eds.): *Los signos del cuerpo. Enfoques multimodales de la mente y el lenguaje*, Buenos Aires: Teseo, 273-325.

MCDONOUGH, Laraine, Soonja CHOI y Jean MANDLER, 2003: "Understanding spatial relations: Flexible infants, lexical adults", *Cognitive Psychology* 46, 229-259.

MCNEILL, David, 1985: "So you think gestures are nonverbal?", *Psychological Review* 92 (3), 350-371.

MCNEILL, David, 1992: *Hand and mind. What gestures reveal about thought*, Chicago y Londres: The University of Chicago Press.

MCNEILL, David, 2012: *How language began: Gesture and speech in human evolution*, Cambridge: Cambridge University Press.

NELSON, Katherine, 1985: *Making Sense: The Acquisition of Shared Meaning*, San Diego, CA: Academic.

NELSON, Katherine, 2000: "Global and functional: Mandler's perceptual and conceptual processes in infancy", *Journal of Cognition and Development* 1, 49-54.

PAPOUŠEK, Mechthild, 1996: “Intuitive parenting: a hidden source of musical stimulation in infancy”, en I. DELIÈGE y J. A. SLOBODA (eds.): *Musical Beginnings. Origins and Development of Musical Competence*, Oxford: Oxford University Press, 88-112.

PERRY, Lynn, Marcus PERLMAN, Bodo WINTER, Dominic MASSARO y Gary LUYPAN, 2017: “Iconicity in the speech of children and adults”, *Developmental Science* 21 (3), 1-8.

QUINE, Willard van Orman, 1960: *Word and object*, Cambridge, MA: MIT Press.

QUINN, Paul, Peter EIMAS y Stacey ROSENKRANTZ, 1993: “Evidence for representations of perceptual similar natural categories by 3-month-old and 4-month-old infants”, *Perception* 22, 463-475.

RAMACHANDRAN, Vilayanur, y Edward HUBBARD, 2001: “Synaesthesia—a window into perception, thought and language”, *Journal of Consciousness Studies* 8 (12), 3-34.

RODRÍGUEZ, Fernando G., y Silvia ESPAÑOL, 2016: “Composiciones bimodales de gesto y vocalización en el inicio de la comunicación verbal”, *Infancia y Aprendizaje* 39 (4), 661-693.

SAUSSURE, Ferdinand de, 1967 [1916]: *Cours de linguistique générale. Publié par Charles Bally et Albert Sechehaye. Avec la collaboration de Albert Riedlinger. Édition critique préparée par Tullio de Mauro*, Paris: Payot.

SCOTTO, Carolina, 2019: “El lenguaje verbal también es icónico: correspondencias transmodales y simbolismo sonoro” en Carolina SCOTTO, Fernando G. RODRÍGUEZ e Irene AUDISIO (eds.): *Los signos del cuerpo. Enfoques multimodales de la mente y el lenguaje*, Buenos Aires: Teseo, 35-77.

TREVARTHEN, Colwyn, y Penelope HUBLEY, 1978: “Secondary intersubjectivity: confidence, confiding and acts of meaning in the first year” en Andrew LOCK (ed.): *Action, gesture and symbol: the emergence of language*, London: Academic Press, 183-229.

TREVARTHEN, Colwyn, 1998: “The concept and foundation of infant intersubjectivity” en Stein BRÂTEN (ed.): *Intersubjective communication and emotion in early ontogeny*, Cambridge: Cambridge University Press.

TREVARTHEN, Colwyn, 2008: “The musical art of infant conversation: narrating in the time of sympathetic experience, without rational interpretation, before words”, *Musicae Scientiae, Special Issue: Narrative in Music and Interaction*, 15-46.